

CON MUCHA CARA / «Cuanto mejor quiere hacerlo el adulto es peor» / «El niño que se queda con hambre emocional y luego quizá desarrolle anorexia o bulimia» / «Es muy esclavo ese periodo de crianza, pero es fundamental porque si no tendremos niños de 60 años» / «Las mujeres, a pesar de haberse incorporado al trabajo, están muy solas, se necesita volver a la tribu»

CECILIA PÉREZ-MÍNGUEZ / PSICOANALISTA Y ESCRITORA

«Qué paciencia tienen los bebés»

BEATRIZ PULIDO

Esta mujer dulce y paciente ha aprendido a hablar el idioma de los bebés, un universo extraordinariamente rico y complejo que ha vertido en su primera novela *No decía palabras*, una historia real, muy intensa, en la que introduce investigaciones que ella misma ha llevado a cabo.

Pregunta.— El mundo mental del bebé sigue siendo desconocido.

Respuesta.— Para la sociedad, totalmente. Se sigue dudando de que tengan emociones en las primeras etapas, cuando está comprobado cómo, desde los primeros días de vida, tejen sus estrategias afectivas.

P.— En su trabajo, ¿qué es lo que hace?

R.— Enseño cuál es la estructura del diálogo, les doy unas pistas a los padres para que luego sean ellos los que descubran qué es lo que les está diciendo su bebé.

P.— ¿Es que usted habla ese idioma?

R.— A lo largo de los años se han hecho transparentes.

P.— ¿Cuál es la etapa más conflictiva?

R.— El puerperio o periodo de crianza es una etapa de la mujer extraordinariamente rica, pero dolorosa porque la naturaleza ha querido que la madre se ponga a nivel del bebé y vuelva de alguna manera a la infancia.

P.— ¿Es la depresión posparto?

R.— Claro, y la madre que en esos momentos tiene que apoyar a su bebé se encuentra con un torrente emocional tremendo.

P.— Y eso el bebé lo capta.

R.— Sí porque en esa primera etapa el bebé y la madre forman una unidad.

P.— ¿Cree que se le ha empezado a dar la importancia que tiene esta etapa?

R.— Ahora se empieza pero las mujeres, a pesar de haberse incorporado al trabajo, están muy solas, se necesita volver a la tribu.

P.— ¿...?

R.— Sí, somos mamíferos, necesitamos la manada. Es tanto lo que tiene entre manos: el afianzamiento del yo de la criatura, conseguir que se integre en la sociedad y en la vida.

P.— Claro, pero es algo que cuesta compatibilizar con el trabajo.

R.— Es la gran contradicción de la sociedad moderna. La mujer encuentra su identidad en el trabajo y cuando llega a casa estresada se da cuenta de que está sola en el mundo con su be-



Cecilia Pérez-Mínguez posa con una muñeca con forma de bebé. / ANTONIO HEREDIA

RETRATO

Origen. Madrid, 1941.

Currículo. Licenciada en Filología Hispánica, sección Literatura, por la Universidad Complutense de Madrid y Doctora en Psicología por la UNED. Su experiencia como psicoanalista e investigadora de la infancia se ha plasmado en varias publicaciones, seminarios y numerosos trabajos sobre la

comunicación infantil. Acaba de publicar su primera novela: *No decía palabras*.

Aficiones. «Leer y escribir en paz».

Debilidades. «Abrazar a mis hijos a través de mis nietos».

Virtudes. «Ayudar a los demás y terminar las cosas que empiezo».

Defectos. «Meterme en camisas de once varas»

bé. La suya es una situación poca valorada.

P.— ¿Tan difícil es comunicarse con el bebé?

R.— Una madre se pone a escuchar a su bebé y entra en su ritmo y te aseguro que lo entiende. Eso es lo que yo enseño: las fases del diálogo.

P.— ¿La personalidad del bebé está latente desde la cuna?

R.— Hay niños más llorones, más tranquilos, pero hay que dejar que se expresen. Con mucho dolor me di cuenta de la inmensa paciencia que tienen los bebés con los adultos.

P.— ¿Y eso?

R.— He estado trabajando, llego a casa y me siento culpable, así que me digo: «Voy a ser la madre maravillosa» y le bombardeo con mil juguetes, sin darme cuenta de que a lo mejor ése no es el momento.

P.— Ocurre en el libro con una cuidadora.

R.— Sí, ella quería que el bebé aprendiera en ese momento una habilidad y le ofrecía un objeto y otro. No se daba cuenta de que el bebé sólo quería una arandela. Cuando lo notó entraron en comunicación. Por eso digo que cuanto mejor quiere hacerlo el adulto, es peor.

P.— Al bebé hay que acercarse virgen de conceptos e ideas.

R.— Exactamente, porque de lo contrario se te cuelean en tu relación con el bebé otras historias, de tu infancia, y ya no ves al bebé.

P.— En el libro deja caer que un bebé puede morir de pena.

R.— Lo he comprobado yo. En el hospital

«El puerperio o periodo de crianza es una etapa de la mujer extraordinariamente rica, pero dolorosa»

había una red de protección que el niño percibía: las enfermeras, la madre, que bajaba a verlo desde la planta de psiquiatría y la psicoanalista. Se lo llevaron a una institución ajena donde el niño no recibía en su piel ninguna señal de comunicación. Murió de pena.

P.— Con esa observación que hacen ustedes se pueden detectar enfermedades como la bulimia, la anorexia...

R.— El niño que se queda con hambre emocional va buscando esa comida o negándose a verla porque a él se la negaron. Es muy esclavo ese periodo de crianza, pero es fundamental porque si no tendremos niños de 60 años.

P.— También la violencia, las enfermedades psíquicas pueden venir de esos años.

R.— Los primeros años de vida el cerebro tiene una plasticidad asombrosa y lo capta todo. Va conformando y va haciendo su sinapsis, esas pequeñas redes neuronales.

P.— El bebé es mentalmente curioso y está deseoso de aprender.

R.— Sí, por eso hay que tener cuidado con la excesiva estimulación. No hay que bombardearlo. Hay que intentar que sea él quien tome la iniciativa.